

han podido dar un paso en las cumbres del Parnaso; y sin embargo los juzgamos capaces de ocupar en él un asiento de honor y hasta de gloria.

Pero nos extraviamos. Tirso no ha seguido a questa senda. Pertenece á la escuela clásica, no á la *gongórica*, á la escuela clásica que siente y sabe hacer sentir, no á la escuela clásica á que se niega el sentimiento y la facultad de comunicarle.

El autor de la *Epistola romántico-pulquérrima* no podia pertenecer á la escuela *gongórica*. El autor de la *Madre de Dios en el Calvario*, de la *Caridad*, de *Una Madre* y de *La vuelta al hogar*, está muy léjos de ese clasicismo de piedra que no se mueve ni conmueve.

Empero dijimos que no era nuestro ánimo ni nuestro propósito juzgar al amigo ni á sus obras. Lo único que entró en nuestra intencion, al escribir este, á que se ha dado por el cajista el nombre de prólogo, fué recomendar la lectura de las poesías de uno de nuestros mas antiguos y mejores amigos.

Los que obsequien nuestra recomendacion, que por cierto necesita de ser recomendada, no se arrepentirán. Las poesías de Tirso son como una copa de néctar gustosísimo. Basta paladear una de las gotas de sus bordes, para apurar hasta la última de sus heces.

RAFAEL GOMEZ.

LA ORACION DE UN ANCIANO.

(Traduccion de un anónimo frances escrito en prosa.)

En una hermosa tarde del estío,
Por el calor ardiente fatigado,
De mi modesta choza retirado,
Quise el céfiro blando respirar.

El sol resplandeciente, poco á poco
Dejaba ya los rojos horizontes,
Y las sombras bajando de los montes
Comenzaban los campos á enlutar.

Tocando sus zampoñas los pastores,
Las tímidas ovejas conducian;
Y los cansados bueyes dirigian
Sus lentos pasos al campestre hogar.

El silencio á turbar de la campiña
Solo venian de lugar distante
Los golpes que en el yunque resonante
Daba el tosco martillo sin cesar.

Sin sentirlo del pueblo me alejaba...
¡Se quiere tanto el solitario suelo,

Do encuentra el alma bienhechor consuelo
Y se abandona á sus recuerdos mill!

Ya la noche reinaba; mas su aspecto
No al pecho de pavor estremecia;
Que con su canto indefinible hacia
De gozo puro el corazon latir.

Ni un celaje vagaba por el cielo,
Y su bóveda azul con luces bellas
Adornaba un ejército de estrellas
Que miraba en profunda sensacion.

Y á la luz apacible de la luna
Las fantásticas sombras resaltaban
De las vecinas selvas que engendraban
Melancólica y dulce inspiracion.

Todo callaba: el arroyuelo apénas
Por la fértil campiña atravesando,
Con débil eco de murmurio blando
El silencio llegaba á interrumpir.

Y al contemplar del mundo adormecido
La universal y sorprendente calma,
Sublimes pensamientos en el alma
De esperanza y de amor brotar sentí.

A la orilla de un lago cristalino
Y entre los sáuces que su linfa baña,
Solitaria y humilde una cabaña
Distinguí de la luna al resplandor.

Y fuéme grato en las tranquilas ondas
Ver retratarse el ancho firmamento,
Y los frondosos árboles que el viento
Levemente agitaba en derredor.

Silencioso evocando mis memorias
Vagaba absorto en la enramada umbría,
Cuando una voz de tierna melodía
De mí no léjos se dejó escuchar.

Lleguéme presuroso; sin rüido
Las verdes ramas separó mi mano,
Y un viejo venerable á mí cercano
Pude ver en la incierta claridad.

Su calva frente, su semblante noble,
La barba por el tiempo emblanquecida,
Y al impulso del céfiro mecida,
Causaban respetosa admiracion.

Bajo una encina arrodillado estaba,
Sus ojos hácia el cielo dirigía,
Y al Supremo Hacedor así decia
Del fondo de su tierno corazon:

“¡Oh tú, Señor, cuyo poder inmenso
Publica por doquier naturaleza
Con tanta maravilla y tal grandeza,
Que absorto queda el mísero mortal!

De lo alto de ese trono que circundan
Viviendo de tu amor brillantes coros,
Que tu gloria con cánticos sonoros
Celebran de su cítara al compás;”

“Por un momento vuelve, Padre mio,
A la tierra tu rostro soberano,
Y fija tu mirada en el anciano
Que aquí te adora con sencilla fe.

En medio del silencio de la noche
Uno mi voz al celestial contento:

Escúchala, Señor, porque es mi acento
Un humilde homenaje á tu poder."

"El universo que extasiado miro
Es el gran templo que en tu honor hiciste,
Y por rica techumbre le pusiste
Del cielo la magnífica extension.

El astro rey le alumbraba por el día;
Por la noche esas lámparas fulgentes;
Y los hombres que te aman reverentes
Los sacerdotes de ese templo son.

"¿Cómo es que en su delirio y en su orgullo
De tu existencia mófase el impío,
Cuando solo tu ciencia y poderío
Conservan de ese mundo el esplendor?

¿Cómo al ver esos globos rutilantes,
Esos mares de indómita fiereza,
Y la tierra, Señor, con su belleza,
El hombre niega á su inmortal Autor?

"Bendita, ¡oh Padre! tu bondad suprema,
Que léjos de la corte corrompida,
Me hizo nacer en soledad querida
Y apartó de mi pecho la maldad.

Hace ya un siglo que tu amor inmenso
De este retiro en la apacible calma,
Me dá el único bien, la paz del alma
En medio á la feliz mediocridad.

"Tú llenas con el trigo mis graneros;
Tú haces correr el agua en mis campiñas;

Tú das vigor á mis silvestres viñas;
Por tí fecundos mis ganados son.
Tu mano cubre mi apartado huerto
De regalado fruto y blandas flores,
Que no secan del Austro los rigores
Ni arrebatara impetuoso el Aquilon."

"Tú de mi dulce compañera guardas
Y de mis tiernos hijos la existencia:
Yo bendigo tu santa providencia
Que mi postrera edad consuela así.

Ellos las prendas son de mi cariño
Y solo anhela, oh Dios, el pobre anciano,
Ser el primero á quien tu augusta mano
El sueño funeral lleve á dormir."

"Antes que venga el aterido invierno
Bajaré de mis padres á la tumba...
¡Omnipotente Dios! cuando sucumba,
Cual sucumbe la encina secular,

Sé de mis hijos el amparo y guía;
Sé de mi esposa perennal consuelo;
Y tu mirada desde el alto cielo
Nunca deje sobre ellos de velar!"

Sin duda iba á seguir: mas de sus ojos
Dos raudales de lágrimas brotaron,
Y profundos suspiros se escaparon
De su amante y sensible corazón.

Celeste brillo reflejó en su frente;
Alzándose por fin, marchó tranquilo,
Y largo tiempo en el campestre asilo
Su ferviente plegaria se escuchó.

La ténue luz de la risueña aurora
 Los vastos horizontes sonrosaba,
 Y en el espeso bosque resonaba
 Un concierto de mágico placer.

El diligente labrador uncia
 Al arado los bueyes mugidores,
 Y en pos de los corderos triscadores
 Saltaba de contento el perro fiel.

Del seno de las ondas que rizaba
 Con blando halago el matinal ambiente,
 Coronada sacó la altiva frente
 De rayos de oro y de rubís el sol.

Entonces con el alma conmovida
 De aquella noche al inefable encanto,
 A mi albergue volví, y el nombre santo
 Bendije una y mil veces del Señor.



EN UN BOSQUE.

MEDITACION.

Lentas se mecen las erguidas copas
 De estos frondosos árboles: camina
 Envuelta en una nube blanquecina
 De la callada noche la deidad.

¡Retiro encantador, lugar querido,
 Cuánto embelesa tu apacible calma,
 Con qué insólito afán te busca el alma,
 Melancólica y bella soledad!

Grato es sentir en la abrasada frente
 De la nocturna brisa los halagos,
 Y cual suspiros misteriosos, vagos,
 Leves rumores en la selva oír.

Se ensancha el corazón, y poco á poco
 Se va inundando en plácido consuelo
 Mientras los ojos fijos en el cielo
 La grandeza de Dios miran lucir.

Otros en el festin y alegre danza
 Al hechizo de pérfidas mugeres
 Sofoquen entre risas y placeres
 De su conciencia el grito aterrador.

Y en lecho de oro y púrpura el magnate
 Quiera en vano borrar de su memoria
 De sangre y luto la tremenda historia
 Que insomne mira con letal pavor.

Yo en el silencio de la selva umbrosa
A tí, Señor, levanto el pensamiento:
Haz que mi voz ligera como el viento
Llegue al pie de tu trono celestial.

En medio á su dolor, la dicha el alma
Pidió á los hombres, de amargura llena;
Mas no pudieron quebrantar su pena
Los débiles esfuerzos de un mortal.

Tú eres tan solo quien volverme puede
La dulce paz que sin cesar ansío;
Y llenar ese lóbrego vacío

Que se dilata en torno de mi ser,
Con un rayo purísimo y fulgente
De aquella luz de tus divinos ojos
Que el arcángel feliz, puesto de hinojos,
Contempla absorto en inmortal placer.

Como vuela pintada mariposa
De una flor á otra flor en los pensiles,
He vagado en mis años juveniles
Buscando la ventura con ardor.

Insensato de mí, ¿cómo en el mundo,
La paz del corazón hallar quería,
Cuando espina cruel mi mano hería
Siempre al tocar la suspirada flor.

Y yo, Señor, perdona mi locura,
Me olvidé de tu augusta providencia
Y tal vez iba á hundirse mi creencia
En ese abismo de angustioso afán.

“¿Por qué, por qué, clamaba en mi delirio,
El potentado en su palacio goza,

Y del humilde rústico en la choza
Gratas las horas transcurriendo van?”

“Goza el águila altiva en raudo vuelo
Del esplendente sol la lumbre pura;
Y el pajarillo canta en la espesura
A la hora del crepúsculo su amor.

Duerme tranquilo en su apartada gruta
Fiero el leon cuyo rugido espanta;
Y el pequeño reptil bajo la planta
La sombra encuentra y el vital calor.”

“¡Todos felices son! y yo tan solo
Provoqué del destino los enojos?
¿Por qué brota este llanto de los ojos?
¿Por qué no hay para mí consolacion?”...

Así, Dios de bondad, mi torpe labio
A murmurar llegó con osadía
En el exceso de la pena impía
Que laceraba el pobre corazón.

Empero tú, Señor, que no te olvidas
Ni de la flor que entre las rocas crece,
Ni del insecto que fugaz se mece
En las alas del céfiro sutil:

Tú que á las aves cuidadoso vistes
De rico y hermosísimo plumaje
Y al lirio das el seductor ropaje
Con que en el valle muéstrase gentil;

Me tendiste tu diestra poderosa
Lleno de amor en el instante mismo

Que el vértigo espantoso del abismo
Comenzaba mi vista á oscurecer.

Y entónces cual cansado peregrino
Que ve una luz brillar en lontananza,
Sentí la dulce y mágica esperanza
En mi agitado pecho renacer.

Ansiosa el alma desde entonces quiere
Libre volar á la mansion serena
Do no la turbe congojosa pena,
Ni le arranque gemidos el dolor.

Donde la dicha no es mentido sueño
Cual lo es, Señor, en la mezquina tierra;
Sino la dicha que el amarte encierra
Sin riesgo de perder tu eterno amor.

Consoladora fé, por quien sumisa
Mi razon á la sabia omnipotencia,
Esos arcanos de insondable esencia
Se complace tranquila en venerar!

Antorcha refulgente, con que miro
Muy mas allá del anchuroso cielo
Un Padre de bondad y de consuelo
Que por sus hijos vela sin cesar!

¡Fanal esplendoroso, cuyos rayos
La nave llevan al seguro puerto,
Cuando deja el piloto el rumbo cierto
En medio de la negra tempestad!

Mi paso incierto por la senda guía
Que lleva al hombre á su inmortal destino
Y de mi vida el áspero camino
Ilumine tu excelsa claridad.

LA CARIDAD.

Y yo, Señor, que en el profundo seno
De la maldad me agito;
Débil mortal, que de miserias lleno,
Por doquiera que vuelvo la mirada
El hondo abismo encuentro de mi nada:
¿Cómo habré de cantar, Dios infinito,
La ardiente caridad, cuyo ser tiene
Principio y fin en tu divina esencia:

Que en insondable arcano
Con un eterno vínculo mantiene
Enlazadas las obras de tu mano;
Y que elevando al hombre en rauda vuelo,
Le hace olvidar la mísera existencia

De este finito suelo;
Y gozarse en la suma Inteligencia,
Que de tu amor abriendo los tesoros
Así junta la tierra con el cielo?

¡Espíritu increado!
¡Fuente de amor purísima y fecunda!
¡Eterna luz, cuyo esplendor sagrado
Los cielos de los cielos ilumina
Y el universo inunda!

Ven á mi corazón: y cual un tiempo
Tu misteriosa inspiracion divina
Al amoroso Rey, Santo Profeta,
Enseñó las dulcísimas canciones
Que de Judá los pechos inflamaron,